

EL SABOTAJE



Emile Pouget

Emile Pouget

EL SABOTAJE

Edición digital: C Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

PREFACIO

Históricamente, la práctica del sabotaje aparece como la primera forma de acción espontánea de los trabajadores en lucha contra la arbitrariedad patronal. Ya hacia 1830, a las disminuciones de horarios y de salarios decretadas por un patronato todopoderoso, los obreros tejedores lioneses respondieron con la destrucción de las máquinas recién instaladas. De todas formas, no es hasta 1895 que, por primera vez en Francia, se esboza una aproximación teórica y consciente realmente del sabotaje. El Sindicato nacional de ferrocarriles trataba de oponerse por aquel entonces a un proyecto de ley (el proyecto Merlin-Tra-rieux) que apuntaba a prohibir a los ferroviarios el derecho al sindicato. Inmediatamente germinó la idea de hacer frente a este proyecto de ley por la huelga general, y es dentro de este contexto conflictivo nos precisa Emile Pouget, que Guérard, secretario del sindicato, hizo saber con motivo de un discurso particularmente virulento que los ferroviarios no retrocederían ante ningún medio a fin de defender las libertades sindicales, y que dado el caso no titubearían en traducir la huelga en efectiva apuntalándola con

procedimientos propios; e hizo alusión de esta manera a un medio ingenioso y poco costoso: "...con dos perras chicas de una cierta substancia, utilizada con total conocimiento, nos es posible dejar a una locomotora en la imposibilidad de funcionar..."

Se acababa de dar la pauta. El sabotaje, que hasta entonces no había sido practicado sino inconscientemente y de forma instintiva por los trabajadores, iba muy pronto, bajo su denominación popular, a formar parte del vocabulario sindical y a afirmarse como uno de los medios de lucha privilegiados de la clase obrera. Y en 1897, el Congreso confederal (IX Congreso nacional corporativo, III Congreso C.G.T.) que se desarrolló en Toulouse, adoptaba el informe de Pouget referente al boicot y al sabotaje considerados como medios de acción directa de los trabajadores. Este informe —que dio lugar, algunos meses más tarde, al presente estudio— estimaba por una parte, que si el capitalismo considera al trabajo únicamente como una mercancía destinada a ser comprada con el salario como precio, el sabotaje no era en definitiva sino la aplicación práctica de la fórmula: "A mala paga, mal trabajo"; y, por otra parte, que el obrero no tendrá por qué respetar a la máquina hasta el día en que ésta no sea para él "una amiga que abrevia el trabajo en vez de ser, como en la actualidad, la enemiga, la ladrona de pan, la asesina de trabajadores". Y la Comisión del Congreso concluyó este informe con la

resolución siguiente: “Cada vez que se alzara un conflicto entre patronos y obreros, sea que el conflicto se deba a las exigencias patronales, sea que se deba a la iniciativa obrera, y en el caso que la huelga pareciera no poder ofrecer resultados a los trabajadores encartados, que éstos apliquen el “boicot” o el “sabotaje” —o los dos simultáneamente— inspirándose en los datos que acabamos de exponer”.

Medios de lucha comprobados, reconocidos y preconizados por las organizaciones obreras desde 1895, el “sabotaje” y el “boicot” no debían sin embargo sobrevivir a las nuevas orientaciones del sindicalismo francés en el alba de la Primera Guerra mundial, y los años 1913-1914 dieron así el toque de agonía a la Acción Directa. Hoy en día, simples correas de transmisión de los partidos políticos de la oposición legal, abogados serviles de los que manejan el juego, trastiendas oficiales de las manipulaciones electorales del momento, los sindicatos zozobran irremediablemente en el reformismo más total y en la más completa legalidad, haciéndose así los enterradores patentados de la contestación obrera; y, no hay ni que decirlo, no encontraríamos a ninguno de nuestros profesionales del sindicalismo para exaltar a Mamzelle Cisaille (Señorita Cizalla) y al Citoyen Browning (ciudadano Revólver), éste para los “polis”, aquélla para los mandos de señales y de agujas. Aquí y allá, algunas huelgas llamadas “salvajes”, adornadas algunas veces con rotura de máquinas o de

tímidas experiencias de gestión directa, aparecen como la supervivencia de un pasado sindical que habríamos podido creer cumplido e inclinan a pensar que el sindicalismo revolucionario no está del todo muerto... Si los trabajadores conscientes de la mutación conceptual e ideológica que se ha operado en las estructuras teóricas y prácticas del sindicalismo pudieran encontrar en estas páginas las premisas de una acción revolucionaria futura, la presente reedición del Sabotaje no habría sido vana.

Patrick PIDUTTI

Jean Pierre GIRAUD

CAPÍTULO PRIMERO

Algunos jalones históricos

La palabra “sabotaje” es un término del argot significando no el acto de fabricar zuecos [\(101\)](#), sino el, ilustrado y expresivo, de trabajo ejecutado “como a golpes de zueco”.

Desde entonces se ha metamorfoseado en una fórmula de lucha social, recibiendo el bautismo sindical en 1897 durante el Congreso confederal de Toulouse.

Desde el comienzo, y entre los medios obreros, el recién llegado no fue acogido por todos con un entusiasmo caluroso. Algunos lo vieron con malos ojos, reprochándole sus orígenes plebeyos, anárquicos y también su... ¡inmoralidad!

A pesar de esa suspicacia, que casi parecíase a la hostilidad, el sabotaje ha ido recorriendo su camino... ¡y entre toda clase de gentes!

En lo sucesivo va a contar con las simpatías obreras. Y no es esto todo. Ha conquistado derecho de ciudadanía en el Larousse, y nadie duda de que la Academia —salvo que ella

misma haya sido “saboteada” antes de haber llegado a la letra S de su diccionario—, no vaya a resolver concederle a la palabra “sabotaje” su más ceremoniosa reverencia, y a abrirle las páginas de su oficial catálogo.

No obstante, estaríamos en un error si creyéramos que la clase obrera hubiese esperado, para practicar el sabotaje, a que esta forma de lucha hubiera recibido la consagración de los Congresos corporativos. Ocurre con él como con todas las formas de rebelión, es tan antiguo como la explotación humana.

Desde el momento en que un hombre tuvo la criminal ingeniosidad de sacar provecho del trabajo de su semejante, desde ese día, el explotado ha buscado, instintivamente, dar menos de lo que exigía su patrono.

Entretanto, con la misma inconsciencia que ponía M. Jourdin [\(102\)](#) en hacer prosa, ese explotado ha hecho sabotaje, manifestando de este modo, sin saberlo, el antagonismo irreductible que lanza el uno contra el otro al capital y al trabajo.

Consecuencia ineluctable del conflicto permanente que divide a la sociedad, hace tres cuartos de siglo, el genial Balzac, la sacaba a la luz. En “La Maison Nucingen” [\(103\)](#), a propósito de las sangrientas sublevaciones de Lyon, en 1831, nos daba una clara e incisiva definición del sabotaje:

Evidentemente, —explica Balzac— se ha hablado mucho de los hechos de Lyon, de la república cañoneada en las calles; nadie ha dicho la verdad. La república se había apropiado de la sublevación, como un insurrecto se apropia del fusil. La verdad os la doy, por chusca y profunda.

El comercio de Lyon es un comercio desalmado⁹ que no manda fabricar una vara [\(104\)](#) de seda sin que ésta haya sido encargada y que el pago sea seguro. Cuando los encargos \$e detienen, el obrero muere de hambre; apenas si gana con qué vivir cuando trabaja; los condenados a trabajos forzados son más felices que él.

Después de la revolución de julio, la miseria había llegado a tal punto que los CANUTS [\(105\)](#) enarbolaron la enseña “¡Pan o muerte!”; una de esas proclamas que el gobierno hubiera hecho bien en estudiar. Estaba producida por la carestía de la vida en Lyon. Lyon quiere construir teatros y volverse una capital, de ahí los arbitrios insensatos.

Los republicanos se olieron esa sublevación respecto al pan, y organizaron los CANUTS, los cuales se batieron por partida doble. Lyon tuvo sus tres días, pero todo retornó al orden, y el canut a su cuchitril.

El canut, “probo hasta aquí” devolviendo en forma de tejido la seda que se le pesaba por manojos, echó al traste su probidad, considerando que los negociantes le victimaban, y

puso aceite en sus dedos: devolvió peso por peso, pero vendió la seda “pasada” por el aceite, el comercio de las sederías fue infectado de “tejidos engrasados”, lo cual hubiera podido acarrear la ruina de Lyon y la de una rama del comercio francés... Así, los desórdenes produjeron el “pañó de Nápoles” a cuarenta perras chicas [\(106\)](#) la vara.

Balzac pone buen cuidado en señalar que el sabotaje de los canuts fue una represalia de víctimas. Vendiendo la “sisá”, que en el tejido habían substituido por aceite, se vengaban de los fabricantes feroces... de esos fabricantes que habían prometido a los obreros de la Croix-Rousse [\(107\)](#) darles bayonetas para comer, en lugar de pan... ¡y demasiado que cumplieron su promesa!

Pero, ¿de algún modo puede presentarse un caso en que el sabotaje no sea una represalia? Y, en efecto, en el origen de todo acto de sabotaje, precediéndole en consecuencia, ¿no se revela acaso el acto de la explotación?

Y así, ésta, en cualesquiera de las condiciones particulares en que se manifieste, ¿no engendra acaso —y no legítima por ende— todos los gestos de sublevación, cualesquiera que sean?

Esto nos lleva pues a nuestra afirmación primera: ¡el sabotaje es tan antiguo como la explotación humana!

Por otra parte, no se halla limitado a las fronteras de nuestro país. En efecto, en su actual formulación teórica, es una importación inglesa.

El sabotaje es conocido y practicado más allá del Canal de la Mancha desde hace tiempo bajo el nombre de “Ca’Canny” o “Go Canny”, palabra del dialecto escocés, de la cual, la traducción más o menos exacta que se prodría dar sería: “No os canséis”.

Un ejemplo de la potencia persuasiva del “Go Canny” nos es dada por el “Museé Social” [\(108\)](#):

En el 1889 había estallado una huelga en Glasgow. Los dockers⁹ unionistas habían pedido un aumento de salarios de 10 céntimos por hora.

Los contratadores se habían negado y hecho venir, con grandes dispendios, a un número considerable de trabajadores agrícolas para substituirles. Los dockers [\(109\)](#) tuvieron que confesarse vencidos, y consintieron en trabajar por el mismo precio que anteriormente, con la condición que se despediría a los obreros agrícolas. En el momento en que iban a reemprender el trabajo, su secretario general los reunió y les dijo:

“Hoy vais a volver al trabajo al precio antiguo. Los contratadores han dicho y repetido que estaban encantados con los servicios de los obreros agrícolas que nos han

substituido durante algunas semanas. Nosotros les hemos visto; hemos visto que ni tan sólo sabían andar sobre un barco, que dejaban caer la mitad de las mercancías que llevaban; en suma, que entre dos de ellos no conseguían hacer el trabajo de uno de nosotros. Entretanto, los contratadores se manifiestan encantados con el trabajo de esa gente; no tenemos por consiguiente sino producirles de igual modo y practicar el “Ca’Canny”. Trabajad como trabajaban los obreros agrícolas. Sólo que, algunas veces, les ocurría que se dejaban caer al agua; es inútil que les emuléis hasta ese extremo

Esta consigna fue ejecutada, y durante dos o tres días los dockers aplicaron la política del “Ca’Canny”.

Al cabo de este tiempo los contratadores mandaron venir al secretario general y le dijeron que pidiera a los hombres que trabajaran como anteriormente, mediante lo cual acordaban los 10 céntimos de aumento...

He ahí en cuanto a la práctica. He aquí ahora en cuanto a la teoría: Está tomada de un panfleto inglés, publicado hacia 1895, para la vulgarización del “Go Canny”:

Si queréis comprar un sombrero cuyo precio es de 5 francos, debéis pagar 5 francos.

Si no queréis pagar más que 4 francos, tendréis que contentaros con un sombrero de inferior calidad.

Un sombrero es una mercancía.

Si queréis comprar media docena de camisas a 2,50 fr. cada una, debéis pagar 15 francos. Si no queréis pagar más que 12,50 fr., no tendréis sino cinco camisas.

Una camisa es una mercancía.

Los contratadores declaran que el trabajo y la destreza son simples mercancías, como los sombreros y las camisas. “Muy bien, decimos nosotros, os tomamos al pie de la letra.”

Si el trabajo y la destreza son mercancías, los poseedores de esas mercancías tienen el derecho de vender su trabajo y su destreza exactamente como el sombrerero vende un sombrero o el camisero una camisa.

Dan valor por valor. Por un precio más bajo tenéis un artículo inferior o de menor calidad.

Pagad al trabajador con un buen salario y os proporcionará lo que de mejor hay como trabajo y como destreza.

Pagad al trabajador con un salario insuficiente y ya no tendréis el derecho de exigir la mejor calidad y la más gran cantidad de trabajo, al igual que no lo habéis tenido exigiendo un sombrero de 5 francos por 2,50 fr.

El “Go Canny” consiste pues en poner sistemáticamente en práctica la fórmula “¡a mala paga, mal trabajo!”. Pero no se

limita a esto tan sólo. De esta fórmula, por vía de lógica consecuencia, derivan una diversidad de manifestaciones de la voluntad obrera en conflicto con la rapacidad patronal.

Esta táctica que, desde 1889, acabamos de ver vulgarizada en Inglaterra y preconizada y practicada por las organizaciones sindicales, no podía tardar en pasar la Mancha. Efectivamente, algunos años más tarde se infiltraba en los medios sindicales franceses.

Es en 1895 que, por primera vez en Francia, encontramos rastro de una manifestación teórica consciente del sabotaje:

El Sindicato nacional de los ferrocarriles dirigía por aquel entonces una campaña contra un proyecto de ley —el proyecto Merlin-Trarieux— que apuntaba el prohibir a los ferroviarios el derecho al sindicato. Se planteó la cuestión de contestar al voto de esta ley con la huelga general, y a tal efecto, Guérard, secretario del sindicato, y por este cargo delegado en el Congreso por la Unión federativa del centro (partido Allemanista [\(110\)](#) pronunció un discurso categórico y preciso.

Afirmó que los ferroviarios no retrocederían ante ningún medio con tal de defender la libertad sindical y que sabrían, dado el caso, traducir la huelga en efectiva por procedimientos propios; hizo alusión a un medio ingenioso y poco costoso: "...con dos perras chicas de una cierta

substancia, utilizada con total conocimiento, declaró, nos es posible dejar a una locomotora en la imposibilidad de funcionar...”

Esta rotunda y brutal afirmación que abría horizontes imprevistos levantó mucho ruido y suscitó una profunda impresión entre los medios capitalistas y gubernamentales, los cuales, ya antes, contemplaban no sin angustia la amenaza de una huelga de los ferrocarriles.

Entretanto, si bien por este discurso de Guérard la cuestión del sabotaje quedaba planteada, sería inexacto deducir de ello que no hizo su aparición en Francia sino hasta el 23 de junio de 1895. Es desde entonces que comienza a vulgarizarse entre las organizaciones sindicales, pero esto no implica que hubiera permanecido ignorado hasta ahí.

Como prueba de que era conocido y practicado anteriormente, nos bastará recordar, como ejemplo típico, un “corte” célebre en los fastos telegráficos:

Fue hacia 1881; los telegrafistas de la Oficina central, descontentos con las tarifas de las horas suplementarias nocturnas, dirigieron una petición al ministro, por aquel entonces M. Ad. Cochery. Reclamaban diez francos, en lugar de los cinco que percibían, para asegurar el servicio desde la noche hasta las siete de la mañana. Durante varios días esperaron la respuesta de la administración. Al cabo, no

llegando ésta, y, por otra parte, habiendo sido advertidos los empleados de la Central de que ni tan siquiera les sería contestada, comenzó a manifestarse una sorda agitación.

Siendo imposible la huelga, se recurrió al “corte”. Un buen día, París se despertó desprovista de comunicaciones telegráficas (el teléfono no se hallaba aún instalado).

Durante cuatro o cinco días las cosas permanecieron de este modo. El alto personal de la administración, los ingenieros con numerosos equipos de vigilantes y de obreros vinieron a la Oficina central, pusieron al descubierto todos los cables de las líneas, los siguieron desde la entrada de las cloacas hasta los aparatos. Nada pudieron descubrir.

Cinco días después de este “corte” memorable en los anales de la Central, un aviso de la administración prevenía al personal que, de ahora en adelante, el servicio de noche sería tarifado en diez francos en lugar de cinco. No se podía pedir más. Al día siguiente por la mañana todas las líneas habían sido restablecidas como por encanto.

Los autores del “corte” jamás fueron conocidos, y si la administración adivinó su motivación, los medios empleados permanecieron ignorados para siempre. [\(111\)](#)

Desde este momento, a partir de 1895, el impulso está dado. El sabotaje que, hasta entonces, no había sido practicado sino inconscientemente, instintivamente por los

trabajadores, va a recibir —bajo la denominación popular que le ha quedado— su consagración teórica y a tomar rango entre los medios de lucha comprobados, reconocidos, aprobados y preconizados por las organizaciones sindicales.

El Congreso confederal, que tuvo lugar en Toulouse en 1897, acababa de abrirse.

El prefecto de la Seine, M. de Selves, había denegado a los delegados del Sindicato de los trabajadores municipales las vacaciones que pedían a fin de participar en este Congreso. La Unión de los sindicatos de la Seine protestó, calificando a este veto, y con justa razón, de atentado contra la libertad sindical.

Esta prohibición fue evocada en la primera sesión del Congreso, y una propuesta de censura contra el prefecto de la Seine fue presentada.

Uno de los delegados —que no era otro que el autor del presente estudio— hizo observar cuán poco se preocupaba M. de Selves de la censura de un congreso obrero.

Y añadió:

“Mi parecer es que, en lugar de limitarse a protestar mejor sería pasar a la acción, y que, en vez de sufrir los mandatos de los dirigentes, de bajar la cara cuando dictan sus

fantasías, sería más eficaz el responder golpe por golpe. ¿Por qué no replicar a una bofetada con una patada?...”

Explicaba que mis observaciones derivaban de una táctica de combate respecto a la cual el Congreso sería llamado a pronunciarse. A este propósito, recordaba la impresión y el miedo con que el mundo capitalista habíase estremecido cuando el camarada Guérard había declarado que la mínima suma de dos perras chicas... gastadas inteligentemente... bastarían a un obrero de los ferrocarriles para dejar a un tren, equipado con potentes máquinas de vapor, en la imposibilidad de arrancar.

Más adelante, recordando que esta táctica revolucionaria a la cual hacía alusión sería discutida en el curso del Congreso, concluí presentando la siguiente proposición:

El Congreso, reconociendo que es superfluo censurar al gobierno —que está en su rol al apretar las riendas a los trabajadores— compromete a los trabajadores municipales a causar desperfectos por valor de cien mil francos en los servicios de la Villa de París, para recompensar a M. de Selves por su veto.

¡Se trataba de un globo-sonda!... Y no fue muy lejos. En principio, la estupefacción fue grande en muchos de los delegados que de buenas a primeras no entendían el sentido voluntariamente extremista de la propuesta.

Hubo protestas, y el orden del día, pura y simplemente, enterró mi propuesta.

¡Qué más daba! La meta fijada había sido alcanzada: se había despertado la atención del Congreso, la discusión quedaba abierta, provocada la reflexión.

Además, algunos días después, el informe que la Comisión del boicot y del sabotaje sometía a la asamblea sindical era acogida con la más grande y calurosa simpatía.

En este informe, después de haber definido, explicado y preconizado el sabotaje, la Comisión añadía:

Hasta aquí' los trabajadores se han afirmado revolucionarios; pero, la mayor parte del tiempo, han permanecido en el terreno teórico: han trabajado en la extensión de las ideas de emancipación, han elaborado y tratado de esbozar un plan de sociedad futura en el que la explotación humana sería eliminada.

Tan sólo una cosa: ¿por qué al lado de esta obra educacional, cuya necesidad no es contestable, nada se ha intentado para resistir a las usurpaciones capitalistas y, tanto como fuera posible, hacer menos duras a los obreros las exigencias patronales?

En nuestras reuniones siempre levantamos las sesiones al grito de: “¡Viva la revolución social!”, y lejos de concretarse en un acto cualquiera, esos clamores se disuelven en ruido.

Es asimismo lamentable que los Congresos, que siempre afirman su firmeza revolucionaria, no hayan preconizado todavía soluciones prácticas para salir del terreno de las palabras y entrar en el de la acción.

De hecho y hasta ahí, como armas de cariz revolucionario, no se ha preconizado más que la huelga, y es de ella que se ha usado y se usa cotidianamente.

Además de la huelga pensamos que existen otros medios para emplear que pueden, en cierta medida, tener en jaque a los capitalistas...

Uno de estos medios es el boicot. Sólo que la Comisión constata que es inoperante contra el industrial, el fabricante. Hace falta pues otra cosa. Y esta otra cosa es el sabotaje.

Citemos el informe:

Esta táctica, como el boicot, nos viene de Inglaterra, donde ha prestado grandes servicios en la lucha que los trabajadores sostienen contra los patronos. Allá es conocida bajo el nombre de "Go Canny “.

A este propósito creemos útil citaros la llamada lanzada últimamente por la "Unión internacional de los estibadores de navíos", que tiene su sede en Londres:

"¿Qué es "Go Canny"?"

"Es una palabra corta y cómoda para designar una nueva táctica, empleada por los obreros en lugar de la huelga."

"Si dos escoceses andan juntos y uno de ellos corre demasiado aprisa, el otro le dice: "Anda despacito, a tu gusto".

"Si alguien quiere comprar un sombrero que vale cinco francos, debe pagar cinco francos. Pero si tan sólo desea pagar cuatro, ¡ah, muy bien!, pues lo tendrá de inferior calidad. El sombrero es "una mercancía".

"Si alguien quiere comprar seis camisas de dos francos cada una, debe pagar doce francos. Si tan sólo paga diez, no tendrá más que cinco camisas. La camisa es también "una mercancía en venta en el mercado".

"Si una ama de casa quiere comprar una pieza de buey que vale tres francos, es preciso que los pague. Y si tan sólo ofrece dos francos, entonces le darán carne mala. El buey es asimismo "una mercancía en venta en el mercado".

“Bien, los patronos declaran que el trabajo y la destreza son “mercancías en venta en el mercado”, —al igual que los sombreros, las camisas y el buey—

“—Perfecto. Contestamos, os lo tomaremos al pie de la letra.”

“Si son “mercancías”, las venderemos al igual que el sombrerero vende sus sombreros, y el carnicero su carne. Por un mal precio dan mala mercancía. Haremos otro tanto.”

“Los patronos no tienen el derecho de contar con nuestra caridad. Si aun se niegan incluso a discutir nuestras peticiones, pues bien, podemos poner en práctica el “Go Canny”, —la táctica de “trabajemos calmosamente mientras aguardamos a que nos escuchen”.

Esto es, claramente definido, el “Go Canny”, el “sabotaje”: A MALA PAGA, MAL TRABAJO.

Esta línea de conducta, empleada por huestros camaradas ingleses, la creemos aplicable en Francia, pues nuestra situación social es idéntica a la de nuestros hermanos de Inglaterra.

* * *

Nos queda por definir bajo cuáles formas debe practicarse el sabotaje. Todos sabemos que el explotador escoge habitualmente, para aumentar nuestra servidumbre, el

momento en que nos es más difícil resistir a sus usurpaciones mediante la huelga parcial, único medio empleado hasta el momento.

Cogidos en el engranaje, sin posibilidad de declararse en huelga, los trabajadores afectados sufren las nuevas exigencias del capitalista.

Con el sabotaje es del todo distinto: los trabajadores pueden resistir; ya no se hallan completamente a la merced del capital; ya no son la carne fofa que el amo modela a su antojo; poseen un medio para afirmar su virilidad, y para probarle al opresor que son hombres.

Por otra parte, el sabotaje no es tan nuevo como parece: desde siempre los trabajadores lo han practicado individualmente, aunque sin método. Instintivamente, siempre han disminuido su producción cuando el patrono ha aumentado sus exigencias; sin darse cuenta clara, han aplicado la fórmula: A MALA PAGA, MAL TRABAJO.

Y se puede afirmar que, en algunas industrias donde el trabajo a destajo ha substituido al trabajo a la jornada, una de las causas de esta substitución fue el sabotaje, que consistía entonces en proporcionar al día la menor cantidad de trabajo posible.

Si esta táctica ha dado ya resultados, practicada sin espíritu de continuidad, ¿qué no dará el día en que se transforme en una amenaza continuada para los capitalistas?

Y no creáis, camaradas, que substituyendo el trabajo al jornal por el trabajo a destajo, los patronos se hayan puesto al abrigo del sabotaje; esta táctica no se halla limitada al trabajo al jornal.

El sabotaje puede y debe ser practicado en el trabajo a destajo. Pero ahí, la línea de conducta difiere: restringir la producción sería para el trabajador restringir su salario; le es pues necesario aplicar el sabotaje a la calidad, en lugar de aplicarlo a la cantidad. Y entonces, no tan sólo el trabajador no dará al comprador de su fuerza de trabajo más que por su dinero, sino que inclusive lo acometerá en su clientela, la cual le permite renovar indefinidamente el capital, fundamento de la explotación de la clase obrera. Por este medio, el explotador se verá forzado sea a capitular acordando las reivindicaciones formuladas, sea a volver a poner las herramientas en manos de los únicos productores.

Dos casos se presentan corrientemente: el caso en que el trabajo a destajo se efectúa en la propia casa, con un material que pertenece al obrero, y aquel en que el trabajo se halla centralizado en la fábrica patronal, de la cual éste es el propietario.

En el segundo caso, al sabotaje sobre la mercancía viene a añadirse el sabotaje sobre las herramientas.

Y en cuanto a esto, nos basta recordar la impresión que se produjo en el mundo burgués, hace tres años, cuando se supo que los empleados de los ferrocarriles podían, con dos perras chicas de cierto ingrediente, dejar a una locomotora en la imposibilidad de funcionar.

Esta impresión es para nosotros una advertencia de lo que conseguirían los trabajadores conscientes y organizados.

Con el “boicot” y su complemento indispensable, el “sabotaje”, disponemos de un arma de resistencia eficaz que, en espera del día en que los trabajadores serán lo suficientemente potentes para emanciparse integralmente, nos permitirá plantar cara a la explotación de la cual somos víctimas.

Es preciso que los capitalistas lo sepan: el trabajador no respetará a la máquina sino el día en que se haya transformado para él en una amiga que abrevia el trabajo, en vez de ser, como en la actualidad, la enemiga, la ladrona de pan, la asesina de trabajadores.

Como conclusión de este informe, la Comisión propuso al Congreso la siguiente resolución:

Cada vez que se alzara un conflicto entre patronos y obreros, sea que el conflicto se deba a las exigencias patronales, sea que se deba a la iniciativa obrera, y en el caso en que la huelga pareciera no poder ofrecer resultados a los trabajadores encartados, que éstos apliquen el “boicot” o el “sabotaje” —o los dos simultáneamente— inspirándose en los datos que acabamos de exponer.

La lectura de este informe fue acogida con unánimes aplausos del Congreso. Fue más que aprobación; fue arrebató. Todos los delegados habían sido conquistados, entusiasmados. Ni una sola voz discordante se elevó para criticar o tan sólo presentar la más mínima observación u objeción.

El delegado de la Federación del libro, Hamelin, no se mostró de los menos entusiastas. Aprobó tajantemente la táctica preconizada y lo declaró en términos precisos, de los cuales el acta del Congreso no da sino este pálido eco:

Todos los medios son buenos para triunfar, afirmó. Añadó que hay cantidad de medios para emplear a fin de lograr el éxito; son fáciles de aplicar siempre que se haga diestramente. Quiero decir con ello que hay cosas que deben hacerse y que no deben decirse. Me entendéis.

Sé muy bien que, si precisara, se me podría preguntar si tengo derecho a hacer esto o aquello; pero, si

continuáramos haciendo tan sólo lo que está permitido hacer, no conseguiríamos nada. Cuando se entra en la vía revolucionaria hay que hacerlo con valor, y cuando ha pasado ya la cabeza es preciso que pase también el cuerpo.

Calurosos aplausos subrayaron el discurso del delegado de la Federación del libro y, después que diversos oradores hubieron añadido algunas frases aprobatorias, sin que ni una palabra contradictoria fuese pronunciada, la moción siguiente fue adoptada por unanimidad:

El Sindicato de los empleados de comercio de Toulouse invita al Congreso a votar por aclamación las conclusiones del informe y a ponerlo en práctica en la primera ocasión que se presente.

Eh bautismo del sabotaje no podía ser más laudativo. Y no fue éste un éxito momentáneo —un fuego de paja consecuencia de un debate asambleario,— las simpatías unánimes con que acababa de ser acogido no se desmintieron.

En el siguiente Congreso federal, que tuvo lugar en Rennes en 1898, no le fueron economizadas aprobaciones a la nueva táctica.

Entre los oradores que en el curso de la discusión tomaron la palabra para aprobarla citemos, entre otros, al ciudadano Lauche —en la actualidad diputado por París—; el cual dijo

hasta qué punto el Sindicato de los mecánicos de la Seine, de los cuales era el delegado, se sentía satisfecho por las decisiones tomadas en el Congreso de Toulouse, relativas al boicot y al sabotaje.

El delegado de la Federación de los cocineros se apuntó un buen éxito y animó el Congreso narrando con humor el siguiente y chistoso caso de sabotaje: los cocineros de un gran establecimiento parisino, teniendo motivos de queja de su patrono, permanecieron en sus puestos toda la jornada, los fuegos encendidos; pero, en el momento en que los clientes afluían en las salas, no había dentro de las ollas ano tochos “cociéndose” a todo vapor... ¡en compañía del péndulo del restaurante!

Del informe que clausuró la discusión, —y que fue aprobado por unanimidad— extraemos el siguiente pasaje:

...La Comisión desea señalar que el sabotaje no es cosa nueva; los capitalistas lo practican siempre que redunde en su beneficio; los adjudicadores no relleno las cláusulas de buena calidad de materiales, etc.; y no tan sólo lo practican con los materiales: ¿qué son sus disminuciones de salarios, sino un sabotaje contra la barriga de los proletarios?

Por otra parte hay que añadir que, instintivamente, los trabajadores han respondido a los capitalistas disminuyendo la producción, sabotando inconscientemente.

Pero, lo que sería deseable es que los trabajadores se dieran cuenta de que el sabotaje puede ser para ellos un arma útil de resistencia, tanto por su práctica como por el miedo que inspiraría a los empleadores, el día que sepan que tienen motivos para temer su práctica consciente. Y añadiremos que la amenaza de sabotaje puede a menudo dar resultados tan útiles como el sabotaje mismo.

El Congreso no puede entrar en detalles de esta táctica; no dependiendo éstos sino de la iniciativa y del temperamento de cada cual, y hallándose subordinados a la diversidad de las industrias. No podemos sino plantear la teoría y desear que el sabotaje entre en el arsenal de las armas de lucha de los proletarios contra los capitalistas, con el mismo rango que la huelga y que, cada vez más, la orientación del movimiento social tenga por tendencia la "acción directa" de los individuos y una mayor consciencia de su personalidad.

Una tercera y última vez el sabotaje sufrió el fogueo de un Congreso: fue en 1900, durante el Congreso federal que tuvo lugar en París.

Vivíase por aquel entonces una época turbia. Bajo la influencia de Millerand, [\(112\)](#) ministro del comercio, se

constataba una desviación que tenía su causa en las tentaciones del Poder. Muchos militantes se dejaban incitar por los encantos corruptores del ministerialismo, y ciertas organizaciones sindicales eran arrastradas hacia una política de “paz social” que, de haber predominado, habría sido funesta para el movimiento corporativo. Hubiera sido para él, sino la ruina y la muerte, cuanto menos el hundimiento y la impotencia.

Apuntaba ya el antagonismo entre los sindicalistas revolucionarios y los reformistas, el cual se acentuó en los años que siguieron. De esta lucha intestina, la discusión, al igual que el Voto sobre el sabotaje, produjeron una primera y embrionaria manifestación. La discusión fue corta. Luego que algunos oradores hubieron hablado a favor del sabotaje, una voz se elevó para condenarlo: la del presidente de sesión. [\(113\)](#)

Declaró que “si no hubiese tenido el honor de presidir, se habría abstenido de combatir el sabotaje, propuesto por el camarada Riom y por Beausoleil”; y añadió que lo “consideraba como más perjudicial que útil para los intereses de los trabajadores, y como repugnando a la dignidad de muchos obreros.”

Para apreciar en su valor esta condena del sabotaje, bastará con observar que, algunas semanas más tarde, no “repugnó a la dignidad” de este moralista impecable y escrupuloso, el

hallarse provisto, gracias a los buenos oficios de Millerand, de una sinecura [\(114\)](#) completamente descansada.

El informador de la Comisión de la cual dependía el sabotaje, escogido por su trabajo sobre la “manifestación sindical”, era un adversario del sabotaje. Así, lo expresó en estos términos:

Me quedan unas palabras que decir respecto del sabotaje. Las diré de una manera franca y precisa. Admiro a los que han tenido el valor de sabotear a un explotador; debo añadir que incluso muy a menudo me he reído con las historias que nos han sido contadas respecto al sabotaje, pero, por mi parte, no me atrevería a hacer lo que estos buenos amigos han hecho! Así, mi conclusión es que si no tengo el valor para llevar a cabo una acción, sería una cobardía por mi parte el invitar a otro para que la hiciese.

Os confieso que, en el acto que consiste en deteriorar una herramienta o cualquier cosa confiada a mi cuidado, no es el temor de Dios lo que paraliza mi valor, ¡sino el temor del gendarme!

Dejo en vuestras manos la suerte del sabotaje.

Sin embargo, el Congreso no hizo suyos los puntos de vista del informante. Le propuso una “suerte” al sabotaje, pero fue muy otra que la que le estaba destinada.

En cuanto a esta cuestión especial —de desaprobación o de aprobación del sabotaje—, tuvo lugar una votación, por papeletas, que dio los resultados siguientes:

A favor del sabotaje 117

En contra 76

Papeletas en blanco 2

Esta votación precisa clausuró el período de gestación, de infiltración teórica del sabotaje.

Desde entonces, indiscutiblemente admitido, reconocido y aceptado, no volvió a ser evocado en los Congresos corporativos y se alineó definitivamente entre el número de medios de lucha preconizados y practicados en el combate contra el capitalismo.

Es de notar que la votación arriba indicada, emitida en el Congreso de 1900, es ya una indicación del asentamiento que va a efectuarse en las organizaciones sindicales, y que va a colocar a los revolucionarios en un extremo y a los reformistas en el otro. En efecto, en todos los Congresos federales que seguirán, cuando los revolucionarios y los reformistas se encontrarán disputando, casi siempre la

mayoría revolucionaria será, más o menos, la que fue en el voto sobre el sabotaje, —o sea en la proporción de los dos tercios, contra una minoría reformista de un tercio—.

CAPÍTULO II

La mercancía trabajo

En el precedente preámbulo histórico acabamos de constatar que el sabotaje, bajo la expresión inglesa de “Go Canny”, deriva de la concepción capitalista de que el trabajo humano es una mercancía

Esta tesis es la de los economistas burgueses, según los cuales hay un mercado de trabajo, como hay un mercado de trigo, de carne, de pescado o de aves.

Admitido esto, es muy lógico que los capitalistas procedan frente a la carne de trabajo que encuentran en el mercado, como cuando se trata para ellos de comprar mercancías o materias primas; es decir, que se esfuercen por obtenerlo al precio más bajo.

Estamos en pleno juego de la ley de la oferta y la demanda. Pero lo que es menos comprensible es que estos capitalistas quieran recibir, no una cantidad de trabajo en relación con el tipo de salario que pagan, sino independientemente del nivel de este salario, el máximo de trabajo que pueda rendir el obrero.

En una palabra, pretenden comprar, no una cantidad de trabajo equivalente a la suma que desembolsan, sino la fuerza de trabajo intrínseca del obrero: en efecto, es el obrero completo -su cuerpo y su sangre- su vigor y su inteligencia lo que exigen.

Cuando emiten semejante pretensión, los patronos olvidan que esa fuerza de trabajo es parte integrante de un ser pensante, capaz de voluntad, de resistencia y de rebeldía.

Cierto que todo iría mejor en el mundo capitalista si los obreros fuesen tan inconscientes como las máquinas de que se sirven y si, como ellas, no tuviesen a guisa de corazón y de cerebro más que una caldera o un dinamo.

Pero no es esto lo que ocurre. Los trabajadores saben las condiciones en que les coloca el medio actual, y si las toleran no es de grado. Saben que son dueños de la fuerza de trabajo, y si consienten que su patrono consuma una cantidad dada de ella, se esfuerzan porque esta cantidad esté en relación más o menos directa con el salario que reciben. Hasta en los más desprovistos de conciencia, hasta en los que sufren el yugo patronal sin poner en duda su justicia, brota instintivamente la noción de resistencia a las pretensiones capitalistas: tienden a no dar más de lo que reciben.

Esta discordancia, base de las relaciones entre patronos y obreros, pone de relieve la oposición fundamental de los intereses en presencia: la lucha de la clase que detenta los medios de producción contra la clase que, desprovista de capital, no posee otra riqueza que su trabajo.

Desde que se ponen en contacto en el terreno económico, empresarios y obreros, surge ese antagonismo irreductible que los arroja a los dos polos opuestos y que, por consiguiente, hace siempre inestables y efímeros sus acuerdos.

En efecto, entre unos y otros, no puede nunca concluirse un contrato en el sentido preciso y justo del término. Un contrato implica la igualdad de los contratantes, su plena libertad de acción y, además, una de sus características consiste en presentar para todos los firmantes un interés real y personal, tanto en el presente como en el porvenir.

Ahora bien; cuando un obrero ofrece sus brazos a un patrono, los dos contratantes están muy lejos de hallarse sobre un pie de igualdad. El obrero, apremiado por la urgencia de asegurarse el sustento -si es que no está atenazado por el hambre-, no tiene la serena libertad de acción de que goza su patrono. Además, el beneficio que obtiene por su trabajo es sólo momentáneo, pues si puede atender a las necesidades de su vida inmediata, no es raro

que el riesgo de la obra a que se dedica ponga en peligro su salud, su porvenir.

Entre patronos y obreros no pueden, pues, concluirse convenios que merezcan el calificativo de contratos. Lo que se ha convenido en designar con el nombre de contrato de trabajo no posee los caracteres específicos y bilaterales del contrato; es, en sentido riguroso, un contrato unilateral, favorable, solamente, a uno de los contratantes; un contrato leonino.

De estas observaciones se desprende que, en el mercado de trabajo, no hay, frente a frente, sino beligerantes en permanente conflicto; por lo tanto, todas las relaciones, todos los acuerdos entre unos y otros, serán precarios; pues viciados por su origen, se basan en la mayor o menor fuerza y resistencia de los antagonismos.

Por eso, entre patronos y obreros, no se establece nunca -ni puede establecerse- una alianza duradera, un contrato en el sentido leal de la palabra: entre ellos sólo hay armisticios que, suspendiendo por un tiempo las hostilidades, procuran una tregua momentánea a las acciones de guerra.

Son dos mundos que se entrechocan con violencia; el mundo del capital y el del trabajo. Puede haber, y hay, cierto, infiltraciones del uno en el otro; gracias a una especie de capilaridad social, pasan algunos tráfugas del mundo del

trabajo al del capital, y, olvidando o renegando de sus orígenes, se colocan entre los más intratables defensores de su casta de adopción. Pero tales fluctuaciones en los cuerpos de ejército en lucha no debilitan el antagonismo de las dos clases.

De un lado como de otro, los intereses en juego son diametralmente opuestos, y esta oposición se manifiesta en todo lo que constituye la trama de la vida. Bajo las aclamaciones democráticas, bajo el verbo falaz de la igualdad, el más superficial examen descubre las divergencias profundas que separan a burgueses y proletarios: las condiciones sociales, el modo de vivir, los hábitos de pensamiento, las aspiraciones, el ideal... ¡todo, todo difiere!

CAPÍTULO III

Moral de clase

Es comprensible que de la diferenciación radical entre la clase obrera y la burguesía, cuya persistencia acabamos de comprobar, dimanase una moral distinta.

En efecto, sería por lo menos extraño que entre un proletario y un capitalista no hubiese nada de común, excepto la moral.

¡Cómo! Los hechos y actitudes de un explotado, ¿deberían ser apreciados con el criterio de su enemigo de clase?

¡Esto sería completamente absurdo!

La verdad es que, así como hay dos clases en la sociedad, hay también dos morales: la de los capitalistas y la de los proletarios.

La moral natural o zoológica, escribe Marx Nordau, declararía que el reposo es el mérito supremo y no daría al hombre el trabajo como cosa deseable y gloriosa, sino en cuanto ese trabajo fuese indispensable a su existencia material. Pero los explotadores entonces se verían en un aprieto. En efecto, su interés reclama que la masa trabaje

más de lo necesario para ella y produzca más de lo que su propio uso exige. Y es que quieren apoderarse precisamente del sobrante de la producción; a este efecto, han suprimido la moral natural e inventado otra, que han hecho establecer a sus filósofos, alabar a sus predicadores, cantar a sus poetas, y, según la cual, la ociosidad sería madre de todos los vicios y el trabajo una virtud, la más hermosa de todas las virtudes.

Es inútil observar que semejante moral está hecha para uso exclusivo de los proletarios, pues los ricos que la ensalzan no se cuidan de someterse a ella. La ociosidad sólo es un vicio en los pobres.

En nombre de las prescripciones de esta moral especial, los obreros deben trabajar sin descanso en provecho de sus patronos, y toda tibieza de su parte en el esfuerzo de producción, todo lo que tienda a reducir el beneficio del explotador, es considerado como una acción inmoral. Y partiendo también de la misma moral de clase, son glorificados el sacrificio a los intereses patronales, la asiduidad en las obras más duras y peor remuneradas, los escrúpulos estúpidos que crean el honrado obrero; en una palabra, todas las cadenas ideológicas y sentimentales que clavan al asalariado en la argolla del capital.

Para completar la obra de esclavización se apela a la vanidad humana; todas las cualidades del buen esclavo son

exaltadas, ensalzadas, y hasta se ha imaginado distribuir recompensas -¡la medalla del Trabajo!- a los obreros borregos que se han distinguido por la flexibilidad de su espinazo, su espíritu de resignación y su fidelidad al patrono.

De esta moral criminal, la clase obrera está saturada.

Desde que nace hasta que muere, el proletario es engañado con ella; le dan esta moral con la leche más o menos falsificada del biberón que, para él, sustituye con demasiada frecuencia al seno materno; más tarde, en la escuela laica, se la inculcan también, por dosis prudenciales, y la infiltración continúa, por mil y mil procedimientos, hasta que, yacente en la fosa común, duerme su eterno sueño.

La intoxicación resultante es tan profunda y persistente, que hasta hombres de espíritu sutil, de inteligencia clara y aguda, aparecen, sin embargo, contaminados. Tal es el caso del ciudadano Jaurés [\(301\)](#) que, para condenar el sabotaje, ha echado mano de esta ética, creada para uso de los capitalistas. En una discusión sobre el sindicalismo, abierta en el Parlamento el 11 de Mayo de 1907, declaraba:

¡Oh! Si se trata de la propaganda sistemática, metódica del sabotaje, yo creo, a riesgo de ser tachado de optimista, que no iré muy lejos. Repugna a la naturaleza, a los sentimientos del obrero...

E insistía:

El sabotaje repugna al valor técnico del obrero.

El valor técnico del obrero es su verdadera riqueza; por eso el teórico, el metafísico del Sindicalismo, Sorel, declara que, aunque se le permitan al sindicalismo todos los procedimientos posibles, hay uno que debe él mismo prohibirse: el que amenaza despertar, humillar en el obrero este valor profesional, que no es sólo su riqueza precaria de hoy, sino también el título para su soberanía en el mundo del mañana...

Las afirmaciones de Jaurés, aun colocadas bajo la égida de Sorel, son todo lo que se quiera -hasta metafísica- menos la comprobación de una realidad económica.

¿Dónde diantres ha encontrado a obreros cuya naturaleza y sentimientos les lleven a realizar la plenitud de su esfuerzo físico e intelectual en beneficio de un patrono, a pesar de las condiciones irrisorias, ínfimas u odiosas que éste le impone?

¿Por qué, por otra parte, ha de ponerse en peligro el valor técnico de tales problemáticos obreros, si el día en que se den cuenta de la explotación desvergonzada de que son víctimas, intentan sustraerse a ella y, sobre todo, no consienten en someter sus músculos y cerebros a una fatiga indefinida, en provecho solo del patrono?

¿Por qué han de desperdiciar estos obreros ese valor técnico que constituye su verdadera riqueza -al decir de Jaurés- y

por qué se lo han de regalar casi gratuitamente al capitalista?

¿No es más lógico que en vez de sacrificarse como corderos en el altar de la clase patronal, se defiendan, luchen y, estimando como su máspreciado don ese valor técnico, no cedan todo o parte de su verdadera riqueza sino en las mejores condiciones o, por lo menos, en las menos malas?

El orador socialista no responde a estas interrogaciones porque no ha profundizado la cuestión. Se ha limitado a afirmaciones de orden sentimental, inspiradas en la moral de los explotadores y que son el remache de las argucias de los economistas que reprochan a los obreros franceses sus exigencias y sus huelgas, acusándoles de poner en peligro la industria nacional.

El razonamiento del ciudadano Jaurés es, en efecto, del mismo orden, con la diferencia de que en vez de hacer vibrar la cuerda patriótica, es el puntillo de honor, la vanidad, la gloria del proletariado, lo que ha tratado de exaltar, de sobreexcitar.

Su tesis va a parar a la negociación formal de la lucha de clases, pues no tiene en cuenta el estado de guerra permanente entre el capital y el trabajo.

Ahora bien; el simple buen sentido sugiere que, siendo el patrono el enemigo del obrero, no hay más deslealtad por

parte de éste en tender emboscadas contra su adversario que en combatirlo cara a cara.

Por consiguiente, ninguno de los argumentos sacados de la moral burguesa vale para apreciar el sabotaje, ni ninguna otra táctica proletaria; y así mismo ninguno de estos argumentos vale para juzgar los hechos, gestos, actitudes, ideas o aspiraciones de la clase obrera.

Si se desea razonar sanamente sobre todos estos puntos, es menester no referirse a la moral capitalista, sino inspirarse en la moral de los productores que se elabora cotidianamente en el seno de las masas obreras, y que está llamada a regenerar las relaciones sociales, pues ha de ser lo que regule las del mundo de mañana.

CAPÍTULO IV

Los procedimientos del sabotaje

En el campo de batalla del mercado de trabajo donde los beligerantes se atacan sin escrúpulos, falta mucho, como hemos comprobado, para que se presenten con armas iguales.

El capitalista opone una coraza de oro a los golpes de su adversario que, conociendo su inferioridad defensiva y ofensiva, trata de suplirla recurriendo a las astucias de la guerra. El obrero, impotente para atacar de frente a su enemigo, trata de cogerlo de flanco, atacándole en sus obras vivas: la caja de caudales.

Los proletarios pueden compararse a un pueblo que, queriendo resistir a la invasión extranjera y no sintiéndose con fuerzas para afrontar en una gran batalla al enemigo, se lanza a la guerra de emboscadas, de guerrillas. Lucha desesperante para los grandes cuerpos de ejército, lucha de tal suerte horripilante y criminal que, generalmente los invasores se niegan a reconocer a los guerrilleros el carácter de beligerantes.

Esta execración de las guerrillas por los ejércitos regulares no nos sorprende más que el horror inspirado por el sabotaje a los capitalistas.

Y es que, en efecto, el sabotaje es en la guerra social lo que son las guerrillas en las guerras nacionales: dimana de los mismos sentimientos, responde a las mismas necesidades y tiene en la mentalidad obrera idénticas consecuencias.

Sabido es cuánto desarrollan las guerrillas el valor individual, la audacia y el espíritu de decisión. Otro tanto puede decirse del sabotaje; mantiene en tensión a los trabajadores, les impide hundirse en una flojedad perniciosa, y como necesita una acción permanente y sin tregua, consigue el feliz resultado de fomentar el espíritu de iniciativa, de habituar a la acción, de sobreexcitar la combatividad.

El obrero necesita poseer estas cualidades, pues el patrono obra respecto de él con tan pocos escrúpulos como tienen los ejércitos invasores que operan en país conquistado: ¡se entregan al saqueo cuanto pueden!

Esta rapacidad capitalista ha sido censurada por el multimillonario Rockefeller... dispuesto, con seguridad, a practicarla sin vergüenza.

El error de algunos patronos -escribe- consiste en no pagar lo que debieran, con lo cual consiguen que en el trabajador se despierte una tendencia a reducir el trabajo.

Esta tendencia a la reducción del trabajo que comprueba Rockefeller - reducción que legitima y justifica por la censura que dirige a los patronos- es el sabotaje en la forma que se presenta espontáneamente al espíritu de todo obrero: la disminución del trabajo.

Podrá decirse de este procedimiento que es la forma instintiva y primaria del sabotaje. Naturalmente, sólo es practicable para los obreros a jornal. En efecto, es indudable que los que trabajan a destajo, si disminuyeran su producción, serían las primeras víctimas de su rebelión pasiva, puesto que sabotearían su propio salario. Los destajistas deben, pues, recurrir a otros medios, consistiendo su preocupación en disminuir la calidad, no la cantidad de su producto.

Los procedimientos de sabotaje son variables hasta el infinito. Sin embargo, cualesquiera que sean, hay una cualidad que los trabajadores exigen de ellos: que al ponerse en práctica, no tengan una repercusión dolorosa sobre el consumidor.

El sabotaje ataca al patrono, bien por la disminución del trabajo, ora haciendo invendibles los productos fabricados, ya inmovilizando o inutilizando los instrumentos de producción. Mas el consumidor no debe ser víctima de esta guerra contra el explotador. Los trabajadores insisten mucho en este carácter específico del sabotaje, que consiste en

herir al patrono y no al consumidor. Pero tienen que deshacer el prejuicio de la Prensa capitalista, que desnaturaliza esa tesis a su antojo, presentando el sabotaje como peligroso para los consumidores principalmente.

Todavía no se ha olvidado la emoción que produjo la noticia lanzada por los grandes diarios, hace unos años, a propósito del pan con vidrio molido. Los sindicalistas se hartaban de decir que poner vidrio molido en el pan sería un acto odioso, estúpidamente criminal y que a los obreros panaderos no se les había ocurrido jamás semejante idea; mas, a pesar de las negaciones, la mentira se extendía, se reeditaba y, naturalmente, indisponía contra los obreros panaderos a infinidad de gentes para quienes lo que escribe su periódico es el evangelio.

En realidad, hasta hoy, en el curso de las diversas huelgas de panaderos, el sabotaje puesto en práctica ha consistido en destruir las tahonas, los amasaderos o los hornos. En cuanto al pan si se ha fabricado incomedible -quemado o poco cocido, sin sal o sin levadura, etc., pero nunca con vidrio molido- no han sido los consumidores los perjudicados, sino únicamente los patronos.

En efecto, habría que suponer que los consumidores eran unas bestias... para aceptar, en vez de pan, una mezcla indigesta o nauseabunda. Si el caso se hubiese presentado,

habrían devuelto seguramente ese pan de mala calidad a su tahonero y exigido en su lugar un producto comestible.

El pan con vidrio molido es, pues, únicamente una infamia capitalista destinada a desacreditar las reivindicaciones de los obreros panaderos.

Hay muchos casos en los cuales el sabotaje se identifica con el interés de los consumidores.

Un llamamiento dirigido a la población parisina en 1908, por el sindicato de los cocineros, lo explica mejor que todo comentario; a él pertenecen los siguientes párrafos:

El primero de Junio último, un maestro cocinero que llegaba aquella misma mañana a un restaurante popular, observó que la carne que le habían confiado se había estropeado de tal modo, que servirla hubiese sido un peligro para los consumidores. Entonces dio parte al patrono, que le exigió que, a pesar de todo, fuese servida, pero el obrero indignado por lo que se le pedía, se negó a ser cómplice del envenenamiento de la clientela.

El patrono, furioso contra esta indiscreta lealtad, se vengó despidiéndole y dando su nombre al sindicato patronal de restaurantes populares Le Parisién, para impedir que volviera a colocarse.

Hasta aquí el incidente revela sólo un acto individual e innoble de un patrono y un acto de conciencia de un obrero, más la continuación del asunto pone de manifiesto, como va a verse, una solidaridad patronal, de tal modo escandalosa, que nos creemos obligados a denunciarla.

Cuando el obrero se presentó en la oficina de colocación del sindicato patronal, el encargado de esta oficina le dijo que a él, obrero, no le importaba si los artículos estaban o no estropeados; que desde el momento en que se le pagaba no tenía más que obedecer; que su acto era inadmisible y que, en lo sucesivo, no podía contar con su oficio para encontrar trabajo.

Morirse de hambre o hacerse, en caso necesario, cómplice de los envenenamientos: he aquí el dilema planteado a los obreros por este sindicato patronal.

Por otra parte, este lenguaje establece bien claramente que, lejos de reprobare la venta de artículos averiados, este sindicato encubre y defiende tales actos y persigue con su odio a los que impiden que se envenene tranquilamente.

Seguramente, no es un ejemplar único en París este patrono que sirve carne podrida a sus clientes. Sin embargo, pocos son los cocineros que tienen el valor de seguir el ejemplo dado.

¡Y es que, si tienen demasiada conciencia, los trabajadores corren el riesgo de perder el empleo, y hasta de ser boicoteados! Consideraciones éstas que hacen que se meneen muchas cabezas, que vacilen muchas voluntades y que se pongan un freno muchas rebeldías.

Por eso nos son tan pocas veces revelados los misterios de los restaurantes populares y aristocráticos.

Sin embargo, al consumidor le sería útil saber que los enormes cuartos de buey que se ven hoy en los escaparates del restaurante que frecuenta, son carnes apetecibles que mañana serán llevadas y desmenuzadas en les Halles... [\(401\)](#) mientras que en el restaurante en cuestión se sirven viandas sospechosas.

Análogamente le sería útil saber que la sopa de cangrejos que saborea, está hecha con el caparazón de las langostas dejadas ayer en el plato por él u otros -caparazones cuidadosamente raspados para desprender la pulpa adherida a ellos y que, machacados en el mortero, es disuelto por un jugo que se tiñe de rojo con carmín.

Y así mismo que todo el material del restaurante: cucharas, tenedores, platos, etc., es enjugado con las servilletas abandonadas por los clientes después de la comida, con lo que se hace posible un contagio de tuberculosis.

La lista sería larga y nauseabunda, si hubiese que enumerar todos los trucos y trampas de los comerciantes sin vergüenza que, emboscados en un rincón de su tienda, no se contentan con estafar a sus parroquianos, sino que, muchas veces, los envenenan por añadidura. Por eso debemos desear, en interés de la salud pública, que los obreros del ramo de la alimentación saboteen a sus patronos y nos pongan en guardia contra esos malhechores.

Para los cocineros, existe otro procedimiento de sabotaje, consistente en preparar los platos de manera excelente, con todos los condimentos necesarios y poniendo en su confección todos los cuidados que el arte culinario requiere.

De todo esto resulta que, para los obreros cocineros, el sabotaje se identifica con el interés de los consumidores, tanto si se proponen ser unos obreros escrupulosos, como si nos inician en los arcanos poco apetitosos de sus cocinas.

Algunos tal vez objeten que, en este último caso, los cocineros no practican el sabotaje, sino que dan un ejemplo de integridad y lealtad profesional digno de encomio.

¡Mucho cuidado! Los que tal afirman se deslizan por una pendiente muy disimulada y corren el riesgo de rodar hasta el abismo, es decir hasta la condenación de la sociedad actual.

En efecto, la falsificación, el engaño, la mentira, el robo, la estafa, constituyen la trama de la sociedad capitalista; suprimirlas, equivale a matarla... No hay que hacerse ilusiones: el día en que se intentara introducir en las relaciones sociales, en todos los grados y en todos los planos, una estricta lealtad, una escrupulosa buena fe, nada quedaría en pie, ni la industria, ni el comercio, ni la banca... ¡nada, nada!

Ahora bien; es indudable que, para llevar a buen término todas las bajas operaciones a que se entrega el patrono no puede obrar sólo; necesita auxiliares, necesita cómplices... y los encuentra en sus obreros, en sus empleados. Por eso al asociar a los obreros a sus maniobras -nunca a sus beneficios-, les exige una sumisión completa a sus intereses y les prohíbe apreciar y juzgar las operaciones de su casa; si éstas son de carácter fraudulento, incluso criminal, a los obreros no debe importarles.

Ellos no son responsables ... Desde el momento en que se les paga, no tienen más que obedecer, así observaba muy burguesamente el encargado de *Le Parisiën*, mencionado más arriba.

En virtud de tales sofismas, el trabajador debe prescindir de su personalidad, reprimir sus sentimientos y obrar como inconsciente; toda desobediencia a las órdenes dadas, toda violación de los secretos profesionales, toda divulgación de

las prácticas inmorales que de él se exigen, constituye por su parte un acto de felonía contra el patrono.

Por consiguiente, si se niega a la sumisión ciega y pasiva, si se atreve a denunciar las villanías a que se le asocia, es considerado como un rebelde contra su patrono, pues le hace la guerra, le sabotea.

Semejante modo de ver no es particular a los patronos; los sindicatos obreros interpretan también como acto de guerra -como acto de sabotaje- toda divulgación perjudicial a los intereses capitalistas, y los sindicalistas han bautizado este ingenioso procedimiento de atacar la explotación humana con el nombre de sabotaje de la boca abierta. Expresión significativa hasta no más, ya que muchas fortunas sólo se han amasado gracias al silencio que han guardado sobre los bandidajes patronales los explotados que han colaborado en ellos, porque sin el mutismo de éstos hubiese sido difícil, si no imposible, que los explotadores hubieran hecho tales negocios.

Acabamos de examinar los procedimientos de sabotaje puestos en práctica por la clase obrera sin suspensión del trabajo, sin abandono del taller. Mas el sabotaje no se limita a esta acción restringida; puede convertirse -y se convierte cada vez más- en una ayuda poderosa en caso de huelga.

Podemos comprobar -escribía Bourguet, secretario del sindicato de París- que la cesación del trabajo no es suficiente para la terminación de una huelga. Sería necesario y hasta indispensable, para el buen resultado del conflicto, que la herramienta -es decir, los medios de producción de la fábrica, de la mina, de la tahona, etc. - estuviesen también en huelga, esto es, que no funcionasen...

Esta táctica, que consiste en unir a la huelga de brazos la huelga de las máquinas, puede parecer que se inspira en móviles bajos y mezquinos. Pero no es así.

Los trabajadores conscientes saben que sólo son una minoría y temen que sus camaradas no tengan la tenacidad y energía suficiente para resistir hasta el fin, y entonces, para impedir la deserción de la masa, le hacen el retiro imposible: hunden los puentes detrás de ella.

Obtienen semejante resultado, quitando la herramienta de las manos a los obreros demasiado sumisos a los poderes capitalistas y paralizando las máquinas que fecundaban su esfuerzo. Por este procedimiento evitan la traición de los inconscientes y les impiden pactar con el enemigo para reanudar el trabajo cuando no deben.

Hay otra razón para esta táctica: que los huelguistas no tienen que temer sólo a los renegados, sino que deben también desconfiar del ejército.

En efecto, los capitalistas acostumbran cada día más a sustituir a los huelguistas por militares. Así, tan pronto como se declara una huelga de panaderos, de electricistas, de ferroviarios, etc., el Gobierno trata de sofocarla, reemplazando a los obreros por soldados. Hasta el punto de que, para suplantar a los electricistas, por ejemplo, el Gobierno ha creado un cuerpo especial de ingenieros, a quienes se enseña el funcionamiento de las máquinas generadoras de electricidad, así como el manejo de los aparatos, y que están siempre preparados para ocupar el puesto de los obreros electricistas, al primer síntoma de huelga.

Es, pues, de luminosa evidencia que si los huelguistas, que conocen las intenciones gubernamentales, se olvidan, antes de suspender el trabajo, de impedir esta intervención militar, imposibilitándola y haciéndola ineficaz, están vencidos por adelantado.

Previendo el peligro, los obreros que van a emprender la lucha no tendrían excusa si no pusiesen remedio. ¡Felizmente, no se olvidan!

Mas entonces ocurre que se les acusa de vandalismo, censurándose su falta de respeto hacia la máquina.

Estas críticas tendrían fundamento si en los trabajadores existiese una voluntad sistemática de destrucción, sin

ninguna preocupación de finalidad. Pero no es este el caso. Si los obreros atacan a las máquinas, no es por placer o diletantismo, sino porque una imperiosa necesidad les obliga a ello.

No hay que olvidar que a los trabajadores se les plantea una cuestión de vida o muerte: si no inmovilizan las máquinas, van a una derrota segura, al fracaso de sus esperanzas; si las sabotean, tienen grandes probabilidades de éxito, aunque conciten contra ellos a la opinión burguesa y se vean acribillados de epítetos malsonantes.

Dados los intereses en juego, se comprende que afronten sonrientes estos anatemas, y que el temor de ser calumniados por los capitalistas y sus lacayos no les haga renunciar a las posibilidades de victoria que les reserva una audaz e ingeniosa iniciativa.

Los trabajadores, en estas condiciones, se encuentran en una situación parecida a la de un ejército que obligado a retirarse, se decide, con pesar, a destruir el armamento y provisiones que dificultarían su marcha y podrían hacerlo caer en poder del enemigo. En este caso, tal destrucción es legítima, mientras que en cualquier otro sería una locura.

Por consiguiente, no hay más razón para censurar a los obreros que recurren al sabotaje con objeto de asegurar su

triunfo, que hay para censurar al ejército que, con el fin de salvarse, sacrifica su impedimenta.

Podemos, pues, concluir que con el sabotaje ocurre lo que con todas las tácticas y todas las armas: la justificación de su empleo dimana de las necesidades y del fin perseguido.

Además de estos procedimientos, hay otro que podría calificarse de sabotaje por represalias, y que se ha extendido algo a partir del fracaso de la segunda huelga de Correos.

Después de esta huelga, unos grupos revolucionarios decidieron sabotear las líneas telegráficas y telefónicas para protestar contra el despido en masa de cientos de huelguistas. Y anunciaron su intento de hacer tal guerra mientras los empleados de Correos despedidos con motivo de la huelga no fuesen reintegrados.

Una circular confidencial enviada a los puestos que estos grupos se habían procurado, precisaba en qué condiciones había de efectuarse esta campaña de sabotaje de los hilos.

Los camaradas que te envían este papel -decía la circular- te conocen, aunque tú no los conozcas; excúsalos si no firman. Te conocen como revolucionario serio.

Te piden que cortes los hilos telegráficos y telefónicos que estén a tu alcance en la noche del primero de Junio.

Las noches siguientes, sin necesidad de más órdenes, seguirás haciendo la misma operación.

Cuando el Gobierno tenga ya bastante, reintegrará a los 650 empleados despedidos.

En una segunda parte, esta circular contenía un formulario detallado y técnico que exponía los diferentes modos de cortar los hilos sin riesgo de ser electrocutado. También recomendaba con mucha insistencia que no se tocaran los hilos de las señales ni los telegráficos de las Compañías ferroviarias; y, para hacer imposible todo error, se insistía minuciosamente sobre los medios de distinguir los hilos de las Compañías de los del Estado.

La hecatombe de los hilos telegráficos y telefónicos, fue considerable en toda Francia, y duró hasta la caída del Ministerio Clemenceau. Después, en diversas ocasiones, algunos grupos, para protestar contra la arbitrariedad del Poder, se han entregado a esta guerra contra los hilos telegráficos y telefónicos...

CAPÍTULO V

El obstruccionismo

El sabotaje, además de un medio de defensa utilizado por el productor contra el patrono, puede convertirse en un medio de defensa del público contra el Estado o las grandes Compañías.

El obstruccionismo es un procedimiento de sabotaje al revés, que consiste en aplicar los reglamentos con un cuidado meticuloso, en realizar el trabajo a cargo de uno, con una prudente lentitud y un escrúpulo exagerado. El ejemplo más elocuente de este procedimiento de sabotaje lo dieron los ferroviarios italianos, en 1905, con su famoso obstruccionismo, gracias al cual la desorganización del servicio fue fantástica y formidable, y la circulación de trenes quedó casi suspendida.

La evolución de lo que fue este período de resistencia pasiva hará comprensible toda la ingeniosidad de esta táctica de lucha obrera. Los reporteros que vivieron la “obstrucción” pueden ofrecernos relatos que poseen un sabor que no tendría una memoria teórica. Dejémosles, pues, la palabra:

El reglamento quiere que se abra la taquilla para la distribución de los billetes treinta minutos antes de la hora de salida del tren y que se la cierre cinco minutos antes.

Se abren pues las taquillas. La multitud se apretuja y se impacienta. Un señor ofrece un papel moneda de 10 francos para pagar un billete de 4,50 fr. El empleado le lee el artículo que impone a los viajeros la obligación de presentarse con su importe contado hasta los céntimos. Que vaya pues a buscar cambio. El incidente se repite con ocho viajeros de cada diez. Contra toda costumbre, pero según el reglamento, no se facilita cambio aunque sólo fuera un franco. Pasados veinticinco minutos, unas treinta personas apenas han tomado sus billetes. Los otros llegan jadeantes con su cambio. Pero la taquilla está cerrada porque el plazo reglamentario se ha consumido. No vayan a creer, de todas maneras, que los que pudieron tomar sus billetes no sean dignos de compasión. No se hallan sino al comienzo de sus penalidades. Han subido al tren, pero el tren no inicia la salida. Debe esperar a que otros trenes lleguen, otros trenes que se hallan averiados a quinientos metros de la estación. Pues, según el reglamento, se han llevado a cabo allí maniobras que han determinado una detención interminable. Algunos viajeros, impacientados, han llegado a descender para alcanzar a pie la estación pero los vigilantes los han detenido y les han incoado denuncia.

Además, en el tren que tiene que partir, hay dos tubos de calefacción que deben ser vigilados, y una inspección minuciosa puede durar hasta dos horas. Por fin el tren se mueve. Se lanza un suspiro de alivio. Se cree llegar a destino. ¡Ilusiones!

En la primera estación, el jefe de tren examina todos los coches y da las órdenes oportunas. Se verifica sobremanera si todas las puertas se hallan bien cerradas. Debiórase haber detenido un minuto; es un cuarto de hora al menos lo que hay que apuntar...

Estos incidentes, que se producen el primer día en Roma y un poco por doquier, no dan sino una imagen, imperfecta aún, de la situación. Para las maniobras en las estaciones y para la formación de trenes de mercancías, las cosas van a ser mucho más complicadas.

Y todo ello entremezclado con incidentes grotescos o divertidos como para desternillar de risa a los fantasmas de Sapeck.

En Milán, un tren se había formado penosamente después de una hora y media de trabajo. El vigilante pasa y ve, justo en medio, uno de esos viejos y horribles coches que, por avaricia, las Compañías se obstinan en hacer circular. “Coche fuera de uso”, pronuncia. Y seguidamente hay que desenganchar el coche y volver a formar el tren.

En Roma, un conductor debe devolver su máquina al depósito. Pero se da cuenta de que, detrás del ténder [\(501\)](#), no se han colocado los tres faros reglamentarios.

Se niega pues a moverse. Se va en busca de los faros; pero, en el depósito, se niegan a entregarlos pues se reclama una orden escrita del jefe de estación. Este incidente toma su buena media hora.

En la taquilla se presenta un viajero con un billete de importe reducido. En el momento de sellarlo, el empleado pregunta:

- ¿Es usted ciertamente el señor Fulano de Tal, cuyo nombre figura sobre el billete?
- Ciertamente.
- ¿Posee usted documentos acreditando su identidad?
- No, no los llevo encima.
- Entonces, espáblese para encontrar dos testigos que me garanticen su identidad...

Siempre en la taquilla, se presenta un diputado.

- ¡Ah! ¿Usted es el honorable X...?
- Justamente,
- ¿Su credencial?

- Hela aquí.
- ¿Quisiera usted estampar su firma?
- Con mucho gusto. Un tintero.
- Desgraciadamente no tengo.
- Entonces, ¿cómo voy a firmar?

Y el empleado, plácido e imperturbable, le contesta:

- Creo que en la fonda...

El corresponsal de un gran periódico parisino narró, por esa época, su burlesco viaje durante la obstrucción:

Me hice conducir a la estación Termini (en Roma), donde llegaba justo a la hora de salida reglamentaria del tren de Civita-Vecchia, Genova, Turín, y Módena.

Me presenté en la taquilla que estaba libre.

- ¿Estoy aún a tiempo para el tren de Génova? pregunté al empleado.

Este me mira un instante con expresión extrañada; luego, flemáticamente, me contesta midiendo las sílabas:

- Ciertamente, el tren de Génova no ha salido todavía.

— Deme, pues, un billete de ida y vuelta para Civita-Vecchia, le digo pasándole mi importe completo por adelantado.

El empleado toma mi importe, observa minuciosamente una por una cada moneda y cada céntimo, las palpa, las hace sonar para verificarlas, y todo ello con tal lentitud que le digo, fingiendo impaciencia:

— ¡Pero va usted a hacer que pierda mi tren!

— ¡Bah! Su tren no sale todavía...

— ¿Cómo? ¡cómo! le digo.

— Sí... dicen que hay alguna cosilla estropeada en la máquina.

— Bien ¿y qué? ¡Se la cambiará!

— “¿Chilosa?...”

Dejo a este hombre impasible y alcanzo el andén del cual la fisonomía es anormal. Ya no hay ese ir y venir febril de los carteros, de los empleados; estos se han vuelto a marchar en pequeños grupos, hablando calmosamente entre ellos, en tanto que los viajeros van arriba y abajo ante las abiertas puertas del tren. Por todas partes impera la tranquilidad de una pequeña estación de provincia.

Me acerco a un coche de primera clase. Una decena de peones abrillantan las empuñaduras de cobre, limpian los cristales, abren y cierran las puertas para asegurarse de que se deslizan bien, sacuden el polvo de los almohadones, prueban los grifos de agua y los interruptores de la luz eléctrica. Es un verdadero celo de limpieza, hecho insólito en los ferrocarriles italianos. Han transcurrido ocho minutos y el coche no se halla aún a punto.

— “¡Dio mió!” Exclama uno de los peones. ¡Hay herrumbre sobre las empuñaduras de esta puerta!

Y frota la herrumbre con un ardor sin igual.

— ¿Va a limpiar de este modo todos los coches? Le pregunto.

— ¡Todos! Me contesta este hombre concienzudo con voz grave. ¡Y quedan quince por limpiar todavía!

Entretanto, la locomotora aún no se halla aquí. Me intereso. Un empleado complaciente me asegura que el mecánico ha entrado en el depósito a la hora reglamentaria, pero le ha hecho falta mucho tiempo para poner a su máquina en condiciones pues ha querido pesar los sacos de carbón, contar uno por uno los ladrillos de conglomerado; por fin, preocupado en cuanto a algunos aparatos, ha tenido que rogar de su jefe de servicio el que viniera a discutir con él — ¡de acuerdo con el reglamento!

Asisto al diálogo siguiente entre un sub-jefe de estación y el jefe de trenes:

Oiga, dice el sub-jefe de estación, sabe usted muy bien que si exige que el tren sea formado siguiendo los reglamentos no saldremos nunca.

Perdone, jefe, replica el otro con calma. En principio hay que hacer respetar el artículo 293 que exige que los coches con topes fijos alternen entre los coches con topes de muelle. Además hay que reformar el tren pues ninguno de los topes coinciden exactamente con su contrario como está prescrito en el artículo 236, apartado A. Las cadenas de seguridad; faltan en parte en ciertos coches que, en consecuencia, habrá que reparar como lo exige el artículo 236, apartado B. Por otro lado, la formación del tren no está efectuada como se halla prescrito porque los coches para...

— Tiene usted mucha razón, exclama el sub-jefe de estación. ¡Pero para hacer todo esto, hace falta un día entero!

Tiene toda la razón, suspira el jefe de tren, socarrón. Pero, ¿a usted qué le importa? Una vez en ruta la responsabilidad recae por entero sobre mí. Insisto, pues, en que el reglamento sea respetado...

Finalmente, un silbido anuncia que la locomotora se aproxima, deteniéndose largamente en cada entrada en agujas para una larga discusión entre el mecánico y el

guardagujas. Llegando a la vía donde le aguarda nuestro tren, el mecánico se detiene otra vez más con prudencia: antes de ir más lejos y de abordar la cabeza de su tren quiere saber si los frenos de los coches se hallan en buen estado, si no hay lampistas u otros agentes sobre los techos de los vagones, ¡un accidente se produce con rapidez! por fin, el mecánico se declara satisfecho y lleva su locomotora al amarre.

¿Vamos a salir?... ¡vamos bien! El manómetro de la máquina debe marcar cinco grados y marca cuatro. Habitualmente se sale a pesar de todo y la presión sube por el camino. Pero el reglamento exige los 5 grados en la salida y nuestro mecánico no saldría por nada del mundo en 4,9 décimas esta tarde.

Acabamos arrancando con una hora y media de retraso. Salimos de la estación con prudente lentitud, silbando en todas las agujas, bordeando seis trenes averiados a dos kms. de Roma y cuyos viajeros echan pestes a cual mejor y... ¡venimos aquí bajo la prueba de los controladores que emplean su tiempo haciendo firmar a los viajeros provistos de permisos, de semi-permisos y de pases de circulación.

Entretanto, primera estación. Algunos viajeros suben. Los empleados verifican lentamente el cierre de todas las puertas, que abren y cierran. Diez minutos se pierden

todavía. A pesar de todo, el jefe de estación silba para la salida.

- “¡Momento!” Le grita el jefe de tren. “¡Momento!”
- ¿Qué ocurre? pregunta el jefe de estación.
- Vaya a cerrar la vidriera de aquel compartimento como lo prescribe el artículo 676 del reglamento.

¡Y como lo ha dicho, así lo hace!

Partimos de nuevo... en la estación siguiente nueva comedia.

Hay unos paquetes que tomar, nueve baúles y cinco maletas que el jefe de tren se interesa en verificar antes de admitirlos —como está prescrito por el artículo 739 del Reglamento.

Y llegamos, por fin, a Civita-Vecchia, a media noche 40' con cerca de 3 horas de retraso en un recorrido que, ordinariamente, se hace en dos horas...

Esto es el “obstruccionismo”: respeto y aplicación, llevados hasta el absurdo de los reglamentos; realización de la labor adjudicada con un cuidado excesivo y una no menos excesiva lentitud.

Expuesto esto, no sería inútil conocer la apreciación realizada en cuanto a esta táctica por el Congreso

Internacional de los Obreros del Transporte, celebrado en Milán, en junio de 1.906.

El informante era un delegado austríaco, el ciudadano Tomschick:

Es muy difícil explicarlo, declaraba: el Congreso recomienda a los trabajadores de los ferrocarriles que vayan a la huelga o que empleen la resistencia pasiva. Por ejemplo, lo que es bueno y posible en Austria puede ser malo e imposible de ejecutar en los otros países...

Referente a la resistencia pasiva: es antigua, ya fue aplicada en 1895. Los camaradas italianos emplearon la resistencia pasiva muy torpemente haciéndola extensiva igualmente a los trenes de viajeros. De este modo excitaron a la población lo cual era absolutamente inútil ya que la circulación de los viajeros no es la parte más importante del comercio, sólo figura en segundo término. Para los ferrocarriles es sobre todo la circulación de las mercancías que entra en consideración y hay que golpear a los ferrocarriles con su detención. Si los camaradas italianos hubieran actuado de este modo, hubieran sin duda obtenido grandes beneficios. Cuando más se acumulan las mercancías, tanto más se detiene la circulación total y se deriva la consecuencia de que los viajeros protestan porque deben permanecer fuera y esperar en vano su transporte. En este caso las reclamaciones de los viajeros no irán destinadas a los

trabajadores de los ferrocarriles sino a las administraciones. En Italia se pudo constatar lo contrario: la población estaba en contra de los trabajadores de los ferrocarriles.

Os digo que la resistencia pasiva es mucho más difícil de ejecutar que la huelga. Durante la resistencia pasiva los trabajadores se hallan constantemente bajo el látigo de los superiores; a cada cuarto de hora deben defenderse de toda suerte de órdenes y, a causa de negarse al trabajo, pueden verse despedidos a cada instante.

Tomad a todos los funcionarios: todo lo más diez de cada cien conocen las instrucciones, pues los empleados no se hallan instruidos por sus jefes. Podéis pues por consiguiente imaginaros hasta qué punto es difícil el esclarecer e informar a los trabajadores de los ferrocarriles en el transcurso de una resistencia pasiva.

Y, además, se da todavía una circunstancia importante que no hay que olvidar: durante la resistencia pasiva se sobrecarga de trabajo a los hombres indiferentes, deben correr de continuo, tienen escaso reposo y por la pérdida de la remuneración quilométrica tienen al mismo tiempo una disminución de sus ganancias. Es por ello, insistimos una vez más, que la ejecución de la resistencia pasiva no es en absoluto tarea fácil...

Por otra parte el Congreso no desaprobó la Obstrucción: no se pronunció entre los dos medios —la resistencia pasiva y la huelga— dejando para los interesados el cuidado de usar de la una o de la otra según lo juzgaran preferible.

Estas reservas del Congreso en lo que concierne a la resistencia pasiva no eran de ningún modo una condena, hasta tal punto que, al año siguiente, en octubre de 1907, los ferroviarios austríacos recurrirían a este medio de lucha; la obstrucción se prosiguió durante unos quince días y las compañías se vieron obligadas a capitular.

Desde entonces, en numerosas circunstancias, el obstruccionismo ha sido practicado en los países austríacos: entre otras corporaciones que han recurrido a él, citemos a la de los empleados de correos y a la de los tipógrafos.

Añadamos, antes de concluir, que esta forma de lucha ha adquirido derecho de ciudadanía en Alemania: acercándose el primero de año de 1908, los empleados de las grandes casas editoras de Leipzig usaron de este sabotaje a la contra que es el Obstruccionismo. Un periódico corporativo exponía los hechos como sigue:

Estos empleados que9a pesar del encarecimiento de los víveres, debían trabajar en condiciones excesivamente precarias, habían sometido un proyecto de tarifa a los patronos solicitando un mínimo salarial de 110 marcos al

mes. Los patronos contando con la falta de unión de los empleados (existen cinco sindicatos diferentes, de los cuales uno socialista), hubieran deseado arrastrar las negociaciones durante largo tiempo a fin de llegar a la época baja y de este modo poder desdeñar las reivindicaciones obreras. Pero no habían contado con la vigilancia del Sindicato socialista que convocó a todos los empleados en una reunión, en la cual se decidió adoptar el sabotaje para forzar a los patronos a dar una solución. Al siguiente día, los empleados entraron en la resistencia pasiva, es decir que trabajaron concienzudamente, (“sin atropellarse demasiado”, volvieron a contar varias veces las facturas antes de expedirlas, poniendo el más gran cuidado en el empaquetado, etc., y el resultado fue que cantidad de fardos de libros no pudieron ser expedidos. Los patronos, viendo el cariz que tomaban las cosas, acordaron a partir del día siguiente el aumento solicitado.

Nos queda por observar que si bien el Obstruccionismo ha dejado su constancia en Alemania, no ha sido aún —salvo error— practicado en Francia. No obstante, no es improbable que consiga aclimatarse... siendo únicamente preciso para ello el que la ocasión se presente, que se den circunstancias propicias.

CONCLUSIONES

Como acabamos de ver, por el examen de las modalidades del sabotaje obrero, en cualquier forma y momento en que se manifieste, su característica consiste siempre -¡siempre!- en quebrantar la caja patronal.

Contra este sabotaje, que sólo ataca los medios de explotación, las cosas inertes y sin vida, la burguesía no tiene bastantes maldiciones.

En cambio, los detractores del sabotaje obrero no se indignan de otro sabotaje -verdaderamente criminal, abominable y monstruoso- que constituye la esencia misma de la sociedad capitalista.

¡No se conmueven ante ese sabotaje que, no contento con despojar a sus víctimas, les quita la salud y ataca hasta a las fuentes de la vida, a todo, a todo!

Mas hay una razón mayor de esta impasibilidad; y es que con este sabotaje se benefician ellos.

Son saboteadores los comerciantes que, adulterando la leche, alimento de los pequeñuelos, siegan en flor las generaciones nuevas.

Los harineros y panaderos que echan en la harina talco u otros productos nocivos, estropeando así el pan, alimento de primera necesidad.

Los fabricantes de café con almidón y achicoria, de pasteles con vaselina, de miel con almidón y pulpa de castañas, de vinagre con ácido sulfúrico, de quesos con cera o fécula, de cerveza con hojas de boj.

Fueron saboteadores los traficantes -patriotas ¿cómo no?- que, en 1870⁷¹, contribuyeron al sabotaje de su patria entregando botas con suela de cartón para los soldados y cartuchos con pólvora de carbón; y lo son sus hijos que, siguiendo la carrera paterna con el mismo espíritu que sus progenitores, construyen las calderas explosivas de los grandes acorazados, los cascos rotos de los submarinos, y suministran al ejército carne de mono podrida, viandas estropeadas o tuberculosas, pan con talco o habichuelas, etc., etc.

Son saboteadores los contratistas, los constructores de vías férreas, los fabricantes de muebles, los vendedores de abonos químicos, los industriales de todo género y de cualquier categoría.

¡Todos, sin excepción, son saboteadores! Pues todos, en efecto, adulteran, estafan, falsifican cuanto pueden.

El sabotaje está en todas partes y en todo: en la industria, en el comercio, en la agricultura... ¡en todo, en todo!

Pero este sabotaje capitalista que impregna a la sociedad actual, que constituye el elemento en el cual se mueve - como nosotros en el oxígeno del aire- es condenable muy de otro modo que el sabotaje obrero.

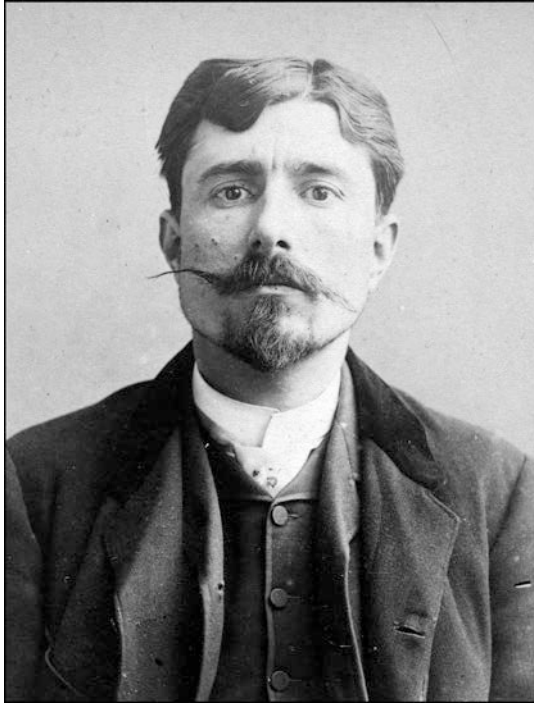
Este último -¡hay que insistir en ello!- sólo va contra el capital, contra la caja de caudales de los burgueses, mientras que el otro ataca a la vida humana, destruye la salud, puebla los hospitales y cementerios.

De las heridas que hace el sabotaje obrero sólo salpica el oro; en las producidas por el sabotaje capitalista la sangre fluye a raudales.

El sabotaje obrero se inspira en principios generosos y altruistas: es un medio de defensa y protección contra las exacciones patronales; es el arma del desheredado que batalla por su existencia y la de su familia; tiende a mejorar las condiciones sociales de las muchedumbres obreras y a librarlas de la explotación que las oprime y las aplasta... Es un fermento de vida radiante y mejor.

El sabotaje capitalista, por el contrario, no es más que un medio de explotación intensificada; condensa los apetitos desenfrenados y nunca satisfechos, es la expresión de una rapacidad repugnante, de una insaciable sed de riquezas que

no retrocede ante el crimen para verse satisfecha... Lejos de engendrar la vida, siembra a su alrededor las ruinas, el duelo y la muerte.



ACERCA DEL AUTOR

ÉMILE POUGET (1860-11931), nació el 12 de octubre de 1860 en Pont-de-Salars, Aveyron, (Francia) y murió el 21 de julio de 1931 en Lozère, hoy parte de Palaiseau, Essonne (Francia)

Fue un anarcocomunista francés, que adoptó tácticas cercanas al anarcosindicalismo. Fue el vice secretario de la Confederación General del Trabajo francesa entre 1901 y 1908.

Emile Pouget nació en 1860 cerca de Rodez, en el departamento de Aveyron. Su padre, que se desempeñaba como notario, murió joven. Su madre volvió a casarse. Fue a la escuela secundaria en Rodez, donde comenzó sus estudios, iniciando allí su pasión por el periodismo a los 15 años. Fundó allí un periódico, "Le Lycéen républicain" (El estudiante republicano).

En 1875, murió su padrastro y Emilio se vio obligado a abandonar la escuela secundaria para ganarse la vida. Después de cumplir con su horario de trabajo, comenzó a frecuentar las reuniones públicas y grupos progresistas y rápidamente se encontró totalmente comprometido con la propaganda revolucionaria.

Ya en 1879, participó en la fundación en París del sindicato de obreros textiles, Syndicat des employés du textile. Allí logró publicar su primer panfleto antimilitarista.

En 1881 se unió a un grupo de anarquistas franceses en el Congreso Internacional de Londres, que siguió a la disolución de la Primera Internacional.

El 8 de marzo de 1883 la unión de ebanistas invita a los desempleados a una reunión al aire libre que se celebrará en la Esplanade des Invalides. La policía irrumpió, y los manifestantes se dispersaron y saquearon tres panaderías.

En la plaza Maubert el grupo que integraban Louise Michel y Pouget se enfrentó a una fuerza significativa de la policía. Cuando la policía se abalanzó para arrestar a Louise Michel, Pouget hizo lo que pudo para liberarla, pero también fue detenido. Fue condenado a 8 años de prisión por “robo a mano armada”, y permaneció en la prisión de Melun hasta 1886, gracias a una amnistía concedida tras la presión de Rochefort.

El 24 de febrero de 1889 se publicó la primera edición de “Le Père Peinard” un pequeño folleto, con reminiscencias de “La Lanterne de Rochefort” y escrito en el estilo pintoresco de *Père Hubert Duchene*, aunque un poco más proletario.

Desde los primeros números de “Le Père Peinard,” se alababa a los movimientos de huelga y las manifestaciones del 1 de mayo.

Después del asesinato en 1894 del presidente Sadi Carnot y su consiguiente represión del movimiento anarquista, se exilió en Inglaterra a fin de evadirse del Juicio de los treinta.

Volvió a Francia en 1895 debido a la amnistía otorgada por el presidente Félix Faure.

En 1896, Pouget preconizaba la idea del sabotaje como medio de lucha contra los capitalistas, punto de vista expresado a través de numerosos panfletos y artículos periodísticos.

Entre 1901 y 1908 fue elegido vicesecretario de la Confédération générale du travail (CGT), representando la tendencia anarcosindicalista del sindicato.

Pouget también participó en la *Charte d'Amiens* de 1906, que estableció las bases del sindicalismo francés. Al año siguiente dirigió el periódico “La Voix du Peuple”, que era editado por la CGT desde el 1 de diciembre de 1900. En 1909 se distanció del movimiento sindicalista.

Notas

[101.](#) Zueco, en francés "sabot"; de donde deriva la palabra sabotaje.

[102.](#) Monsieur Jourdin, personaje de Molière. (N.T.)

[103.](#) "La Maison Nucingen", novela de H. de Balzac. (N.T.)

[104.](#) Vara, medida de longitud, equivalente a unos 835 milímetros.

[105.](#) Canut: tejedor/a de seda de Lyon.

[106.](#) Sous, antigua moneda francesa. "20 sous equivalían a un franco.

[107.](#) Croix-Rousse: barrio del norte de Lyon. (N.T.)

[108.](#) Circular nº 9 de 1896

[109.](#) Docker, en inglés en el original, estibador. (N.T.)

[110.](#) Allemaniste (partido), grupo que tomó su nombre de Jean Allemane (1843-1935), obrero y militante socialista, condenado tras la Comuna de París. (N.T.)

[111.](#) "Le Travailleur des P.T.T.", (El Trabajador de correos, telégrafos y teléfonos), septiembre de 1905.

[112.](#) Esteban Millerand (1859-1943), político, abogado, sociólogo y publicista francés, excelente orador socialista, que ocupó la presidencia de la república de 1920 a 1924. (N.T.)

[113.](#) Se trata de M. Treich, secretario por aquel entonces de la Bolsa de Trabajo de Limoges, y fogoso "guesdista"... nombrado poco después recaudador del registro de Burdeos.

#Guesdista: seguidor de Jules Guesde (1845-1922), defensor de la Comuna de París tras la que tuvo que refugiarse en Ginebra, de donde regresó en 1876. Líder socialista-marxista, dirigió varias publicaciones, entre ellas: "Le crit du Peuple", "La voix du Peuple", "Le socialista", "Egalité". Fue ministro sin cartera del gabinete Viviani.

[114.](#) Sinecura, empleo o cargo retribuido con muy poco trabajo. Equivalente a "chollo" o "enchufe". (N.T.)

[301.](#) Jean Jaurés (1859-1914), dirigente socialista francés En 1904 fundó *l'Humanité*. Fue asesinado por un nacionalista francés.

[401.](#) El mayor y más popular mercado de abastos que existía en el centro de París.

[501.](#) Ténder, carruaje que lleva el combustible y el agua para la locomotora. (N.T.)